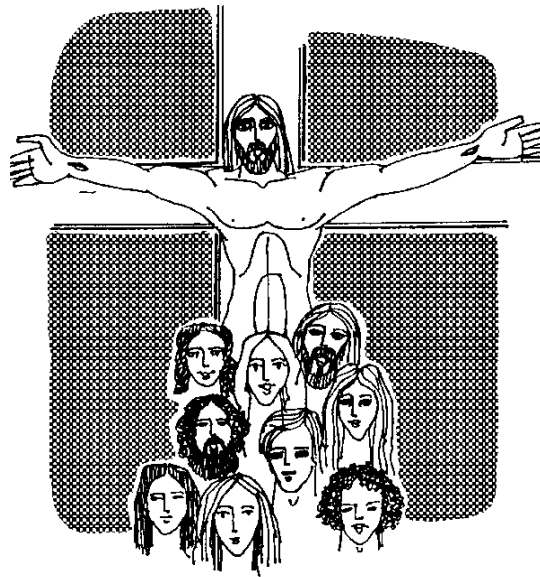


2



## IDENTIDAD DEL LAICO

**Introducción**

Laicos y Hermanos compartimos el carisma marista. El Movimiento Champagnat de la Familia Marista nos está dando la posibilidad de aunar caminos, complementar vocaciones y realizar la misma misión. Sin embargo, el XX Capítulo General sintió la llamada a “profundizar la propia identidad de hermanos y laicos, en el compartir vida, espiritualidad, misión y formación”.

La presente ficha quiere ayudar en esa toma de conciencia de la identidad laical en el conjunto de vocaciones en la Iglesia, que, sin duda, es la manera normal y común de vivir el Evangelio.

**Objetivo**

*Asumir la especificidad y la complementariedad de la vocación laical en una Iglesia de comunión.*

## PASTORES, RELIGIOSOS, LAICADO: UNA SOLA IGLESIA

Hno. Charles Howard

Una parte importante de este mejor conocimiento que la Iglesia tiene de sí misma viene de la reflexión de que todos los miembros de la Iglesia, por su bautismo, son convocados a la santidad, a la misión, y al servicio (LG 33). Ahora damos esto por sobreentendido, pero no hay que olvidar el cambio radical que supuso respecto de tiempos precedentes, a pesar de que no es sino un retorno del laicado a su vocación y su lugar originales. Los primeros cristianos se veían a sí mismos como un pueblo amado por Dios y llamado a la santificación y al apostolado.

Pero el transcurso de la historia nos muestra un cuadro diferente. El papa Pío X, en su encíclica *Vehementer Nos*, trazaba el siguiente diseño de la Iglesia:

*«La Iglesia es esencialmente una sociedad desigual, es decir, una sociedad que comprende dos categorías de personas, los pastores y la grey, los que ocupan un rango en los diversos grados de la jerarquía y la multitud de los fieles. Son estas categorías tan distintas que sólo en el cuerpo pastoral descansa el necesario derecho y autoridad para promover el fin de la sociedad y dirigir a todos sus miembros hacia ese fin; el solo deber de la multitud es dejarse conducir y, como un dócil rebaño, seguir a los pastores.»*



De forma más gráfica lo expresaba monseñor Talbot, delegado de los obispos ingleses en Roma, que al tener noticia del famoso artículo del cardenal Newman titulado «De la consulta a los laicos en cuestiones de doctrina», cuentan que dijo: «¿Cuál es la especialidad de los laicos? Cazar, pegar tiros, dar fiestas. De esas cosas entienden. Pero para mezclarse en cuestiones eclesiásticas, no tienen derecho alguno.»

Bien... afortunadamente nosotros poseemos un cuadro muy diferente ahora. En el Sínodo de 1987, y en la exhortación apostólica *Christifideles laici* de Juan Pablo II que vino después, la dignidad, la espiritualidad, la misión y la responsabilidad de los laicos fueron proclamadas de manera resonante. La Iglesia entera (clérigos, religiosos y seglares) constituye una comunión; todos conjuntamente participan en la misión profética y sacerdotal de Jesucristo; todos conjuntamente son llamados a la santidad. Asumiendo que existen correspondientes diferencias en los cometidos del sacerdocio y el laicado, éstas no deben ser afirmadas hasta el punto de pasar por alto el principio más fundamental y vital de la comunión cristiana y la igualdad de todos los creyentes. Hay un lugar propio para la autoridad de la jerarquía y los presbíteros en la Iglesia. Pero ese lugar, cuyo origen encontramos en la intención que tuvo Jesús de dotar de liderazgo a la Iglesia, no puede contradecir su visión más básica de una comunidad de discípulos que habían de vivir en espíritu de fraternidad, igualdad y servicio.

El Sínodo arrojó un haz de luz sobre la naturaleza y la función del laicado, pero la doctrina teológica había emergido en el Concilio Vaticano II. El Concilio insistió en que la verdad fundamental en el seno de la Iglesia es la comunión, basada en la unión del auténtico creyente con Cristo por medio del bautismo.

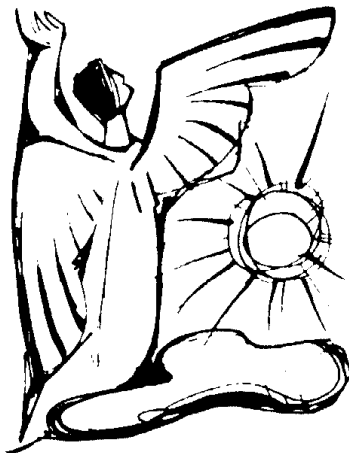
No podemos ni plantearnos la hipótesis de que haya una sección —la jerarquía, los sacerdotes, los religiosos— que luego «invitan» a los seglares a participar en la vida y la misión de la Iglesia. En calidad de creyentes bautizados, ése es el derecho inalienable de todos. La básica igualdad, tanto en dignidad como en responsabilidad, deriva de la unión directa de cada creyente con Cristo a través del bautismo.

En su homilía de clausura del Sínodo aludido, el papa Juan Pablo II decía que un miembro del laicado «nunca puede permanecer aislado de la comunidad, sino que debe vivir en continua interacción con los demás, portador de un vivo sentido de pertenencia al grupo, participando con gozo en una misma dignidad y el compromiso mutuo de hacer fructificar el inmenso tesoro que cada uno ha heredado. El Espíritu del Señor otorga una amplia variedad de carismas, invitando a los fieles a asumir diferentes ministerios y formas de servicio y recordándoles, como recuerda a todos en su vinculación a la Iglesia, que lo que distingue a las personas no es un ascenso en dignidad, sino una particular y adicional capacidad de servicio...»

Cuando hablamos de la teología del laicado quizá sea interesante recordar que hace más de veinte años el padre Yves Congar, O.P., sostenía que el problema doctrinal no consistía en precisar la identidad del seglar, sino más bien en definir al religioso y al ministro ordenado, porque la situación del laico es la manera normal y común de vivir el Evangelio.

## CONVERSIÓN DE ACTITUDES

La asimilación de esta nueva visión de la Iglesia va a llevar un proceso lento por varias razones. La mayor parte de los cambios que tienen relación con las personas suele exigir su tiempo. Por tanto, tenemos que ser pacientes y reconocer que hay muchos factores de por medio. Seguramente conocemos feligresías donde el Pastor se siente feliz de tener un rebaño dócil, y la grey se muestra satisfecha de que las cosas funcionen así. Hace bien poco leía un escrito de un sacerdote respecto a ello: «Los católicos, en gran mayoría, siguen siendo muy individualistas en su religiosidad. Los laicos



tienen una apreciación débil de su vocación y misión. Comprenden ampliamente su vocación en un sentido personal, más que en la idea de «comunidad». En consecuencia, conceden a la salvación un valor más alto que a la misión. El Espíritu del Concilio Vaticano II no ha llegado todavía hasta las actitudes fundamentales de muchos de los sacerdotes y la mayoría de los laicos. No se mira a la Iglesia como comunión, mensajera y servidora, sino más bien a través de la imagen de sacramento e institución.»

Aun estando de acuerdo con esto, en términos generales, yo creo que una parte del problema proviene del uso restrictivo de la palabra «misión». Muchos católicos seglares tienen seguramente un profundo sentido de «misión», por ejemplo, en relación con sus responsabilidades familiares, pero nunca utilizarían el término «misión».

He leído recientemente un artículo del padre T.H. O’Gorman, SJ, director del Instituto de Pastoral del Este Asiático. Al referirse al debilitamiento del laicado en la Iglesia, decía: «La preocupación por la apreciación y el reconocimiento adecuado del laicado en la Iglesia de hoy consiste, en buena medida, en la preocupación por el grado de auténtica participación en la vida plena de la Iglesia por parte de todos los miembros que la componen. Se trata aquí, pues, de formar en una eclesiología de comunión que ha de reemplazar a una eclesiología de control de poderes. Por supuesto

que no hay nadie que defienda explícitamente una eclesiología de control de poderes, pero en la práctica se mantiene al acecho en la Iglesia de hoy. Ese clericalismo que impide a los laicos asumir su verdadero papel es todavía fuerte en muchas de nuestras Iglesias locales. Los seculares se quejan frecuentemente de que sus iniciativas no son del todo bien vistas. Mientras la eclesiología de comunión —y participación— puede ser teóricamente conocida en todas las Iglesias locales, el hecho es que la eclesiología operativa es la del control de poderes.»

Nos encontramos en un momento muy importante de la historia de la Iglesia, un momento de renacimiento, una vuelta al estilo de la primitiva Iglesia cuando los laicos desempeñaban un papel total en la misión. Una de nuestras prioridades ahora consiste en promover ese renacer, con delicadeza, coraje y visión. Si no lo hacemos así, entonces habremos menguado la Iglesia del futuro, la Iglesia, el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo... todo lo que amamos.

## **ALGUNOS DESAFÍOS QUE AFRONTA LA IGLESIA EN LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

La propuesta de una nueva evangelización es un gran reto para la Iglesia, con referencia a una nueva escena de evangelización, un nuevo ciclo, un nuevo estilo y nuevos métodos allí donde la primera evangelización ya no puede llevar a cabo su propósito.

Quisiera ahora hacer un comentario breve sobre siete puntos importantes relacionados con este desafío, enlazados todos con nuestra propia misión, que nos pueden ayudar a entender mejor el Movimiento Champagnat:

- retorno al primitivo papel de los laicos,
- las comunidades cristianas de base,
- compartiendo nuestra fe con los seculares,
- las mujeres en la Iglesia,
- credibilidad,
- solidaridad,
- espiritualidad.



### **1. Retorno al primitivo papel de los laicos**

Partiendo de lo que ahora sabemos sobre el papel de los laicos en la Iglesia es fácil deducir que el desarrollo y el fortalecimiento del mismo ha de ser un elemento clave en cualquier nueva evangelización.

La Iglesia de la nueva evangelización debe estar caracterizada por la acción de todos sus miembros. Si en la primera evangelización directa el peso recaía sobre los ministros ordenados y los religiosos, en la nueva evangelización esta responsabilidad toca a todos y cada uno.

Me parece importante insistir en el hecho de que los seculares son llamados a desempeñar un papel más grande a causa de su vocación bautismal, no precisamente por la disminución de sacerdotes. Hace algunos años, no muchos, en una diócesis de Australia se realizó una encuesta que incluía detalles sobre el número y la edad de los sacerdotes. Algún tiempo más tarde, un grupo de ministros especialmente preparados fueron enviados a todas las parroquias a predicar en las misas dominicales, explicando algunos resultados del sondeo. Por casualidad me encontraba yo presente uno de aquellos domingos y recuerdo muy bien la decepción que me llevé cuando el sacerdote, una vez comentadas las estadísticas y a la vista de la reducción gradual del clero, sin perspectivas de mejora en un plazo de al

menos diez años, añadió: «*Por consiguiente* los laicos deben desempeñar un papel mayor.» *Erróneo*. Esa no es la razón. Y creo que tenemos que insistir mucho en esto.

Es muy probable que existan no pocas diócesis en las que la crisis haya estimulado la apertura de ministerios para los laicos, superándose anteriores reticencias. Perdonad que me refiera de nuevo a Australia, pero quiero citaros lo que decía uno de los obispos de aquel remoto país el año pasado: «...la escasez de sacerdotes es realmente una estrategia divina para que tomemos conciencia de lo que constituye la Iglesia. Tal como alguien ha dicho, «el Espíritu Santo está tirando de su amada Iglesia, conduciéndola a gritos y empujones hacia el siglo XXI!»

## 2. Comunidades cristianas de base

Un impulso decisivo que podemos ver en la Iglesia moderna y que procede a menudo de los niveles más sencillos es la formación de pequeñas comunidades eclesiales. En aquella maravillosa encíclica sobre la Evangelización, el papa Pablo VI aludía a estos grupos diciendo que «...nacen de la necesidad de vivir todavía con más intensidad la vida de la Iglesia; o del deseo y de la búsqueda de una dimensión más humana que difícilmente pueden ofrecer las comunidades eclesiales más grandes.» El Papa veía en estas comunidades pequeñas una fuerza interna para ayudar a las personas a profundizar en la fe, a escuchar y meditar la Palabra, y convertirse en agentes evangelizadores.



Juan Pablo II, en la *Christifideles laici*, ha hablado largamente de estos grupos, de su diversidad pero también de su honda convergencia porque caminan con un propósito común, que es «la participación responsable de todos ellos en la misión eclesial de llevar adelante el evangelio de Cristo, fuente de esperanza para la humanidad y renovación de la sociedad» (no. 29). Apuntaba también la «libertad que les corresponde a los laicos en la Iglesia para formar tales grupos.» En su reciente encíclica *Redemptoris missio* ha vuelto a referirse a las comunidades diciendo que son «signo de la vitalidad dentro de la Iglesia, instrumento de formación y evangelización, y un punto de partida para una sociedad fundada sobre la civilización del Amor.»

## 3. Compartiendo nuestra fe con los seglares

Creo que el tiempo demostrará que una de las gracias particulares de este reconocimiento del papel más pleno del laicado es el «contacto de fe» más profundo que surgirá entre sacerdotes, religiosos y seglares. Por supuesto que esto existe ya, sobre todo en alguno de los diferentes tipos de agrupaciones que se dan en la Iglesia, comunidades cristianas de base, grupos carismáticos, ciertos grupos parroquiales, movimientos apostólicos, etc.; pero la verdad es que aún no ha llegado a la gran mayoría de los miembros de la Iglesia, tanto seglares como sacerdotes o religiosos.

## 4. Las mujeres en la Iglesia

El documento de trabajo del Sínodo de 1987 invitaba a la asamblea a reflexionar a fondo en la relación que une a los hombres y las mujeres en el plan divino de creación y redención:

«*La Iglesia quiere evitar toda discriminación respecto de la dignidad de todos los laicos — mujeres y hombres— promoviendo la comunión en su correspondiente misión. Reconocer e impulsar los dones y las responsabilidades de las mujeres de manera que puedan participar más plenamente en la actividad de la Iglesia en sus diferentes tareas apostólicas, es una necesidad que se siente particularmente en el cuerpo total de la Iglesia*» (Documento de Trabajo, 48).

Ésta es una de las tareas más importantes para la Iglesia de hoy: comprometer plenamente a la mujer en la misión en todas sus dimensiones «incluyendo la toma de decisiones». Y como advertía el cardenal Danneels de Bruselas, «no es una simple concesión al espíritu de los tiempos, o ante la presión de los movimientos feministas. Nadie puede poner objeciones al derecho que tienen las mujeres a participar en mayores responsabilidades, y esto a todas las escalas en el seno de la Iglesia. La cosa urge.»

Resulta absurdo que la mayoría de los organismos eclesiales con poder en la toma de decisiones estén en manos de hombres, pero estamos tardando mucho en afrontar el problema de una manera seria. No se trata sólo de una cuestión de justicia, sino de cualidad en las determinaciones. La Iglesia y la misión de Cristo se ven perjudicadas por esta ausencia. Toda nuestra perspectiva, tanto en teología, como en espiritualidad, o en doctrina social, se vería enriquecida por una mayor armonía entre la contribución femenina y la masculina, con los valores, la sensibilidad y experiencia que vendrían más plenamente de la Iglesia entera.

## 5. Credibilidad

Sondeos fiables efectuados en diversos países occidentales indican que la imagen de la Iglesia es bastante negativa entre amplios segmentos de la población. Hay que decir, también, que con frecuencia la imagen del «mundo» que tienen algunos en la Iglesia no es menos negativa. Debemos andarnos con cuidado y no absolutizar estas imágenes, porque no coinciden con la realidad. Sin embargo, sería de locos no reconocer que en algunos países existe un severo problema de distanciamiento, entre los jóvenes particularmente. Es un alejamiento que va asociado a las instituciones en general.



No son documentos lo que constituye el elemento de urgencia de la nueva evangelización, sino acciones, visibles testimonios de vida. Siempre hay personas que dan un testimonio vivo individualmente, pero se necesitan también gestos colectivos. En el fondo de todo se trata de la credibilidad de nuestras instituciones, sus valores, sus estructuras, métodos, estilos. Y, por supuesto, ¿no nos estamos refiriendo exclusivamente a «los otros»? Tenemos que preguntarnos a nosotros mismos si nuestras palabras de evangelio se traducen auténticamente en acciones correspondientes, y si se revelan en las vidas de las comunidades y en nuestras instituciones. ¿O somos a veces igualmente culpables de vacía retórica de iglesia?

## 6. Solidaridad

Está claro que la nueva civilización que proclamamos es la que se basa en el amor y la solidaridad. Evangelizar es, desde luego, proclamar a Jesucristo explícitamente, pero también nos exige el compromiso de luchar por el nacimiento de una civilización de amor, solidaridad y diálogo, y entregamos a la labor de reconstruir la unidad de nuestro mundo fragmentado. «El Espíritu Santo induce a comprender mejor que la santidad hoy día no puede alcanzarse sin empeñarse en favor de la justicia, sin una solidaridad humana que contemple a los pobres y oprimidos» (*Mensaje del Sínodo de 1987*). Y para ello no vamos a utilizar los instrumentos del pasado —elocuencia, prestigio, denuncia y crítica—, sino la caridad, una caridad ardiente que ve las necesidades de los demás y corre a ayudar, a aliviar las penas. Ojalá nos abrasemos todos en el fuego del deseo de solidaridad con la familia humana, siguiendo los pasos de Jesús.

## 7. Espiritualidad

El actual reconocimiento de la complementariedad en la Iglesia debería afectar no sólo a la misión sino también a la espiritualidad de los seglares, los religiosos y los sacerdotes. Existe dentro del laicado lo que el Sínodo llamaba «una auténtica sed de vida interior, sed de una espiritualidad más honda», y el Papa insiste con frecuencia en que la formación espiritual de todos los fieles tiene que ser una prioridad apostólica en el momento presente. Esto supone una noción más amplia de la espiritualidad en sí misma. Hay quien piensa que la espiritualidad se reduce a oración, contemplación, liturgia y devociones. Esa idea proviene de una vieja dicotomía que tendía a marcar una raya de separación entre lo natural y lo sobrenatural, entre el cuerpo y el alma, la carne y el espíritu, el trabajo y la oración. Pero no; la espiritualidad abarca todos los aspectos de nuestra vida, nuestra relación con Dios, con los otros —familia, comunidad, compañeros de trabajo... - y con la creación - naturaleza, bienes...

Por consiguiente nosotros tomamos muy en cuenta la dimensión espiritual del rico encuentro de los laicos con el mundo laboral, con la familia y con un amplio círculo de relaciones. A menudo los seglares están buscando profundizar en esa dimensión. Entre los religiosos puede existir una experiencia honda de oración, meditación, dirección espiritual y formación, pero con frecuencia es más estrecho el campo de vivencia respecto a la vida en el mundo. Adivinamos una genuina reciprocidad en la medida en que vaya creciendo el encuentro de laicos, sacerdotes y religiosos para mutuo apoyo en la reflexión, en la oración, en el espíritu. Este modo eclesial de compartir proporciona un conocimiento más cercano entre unos y otros, y enriquece la vida de fe en todos.





**PARA PROFUNDIZAR Y COMPARTIR**

- 1 Se pueden poner en común las ideas que más nos han llamado la atención del texto del Hno.Charles.
- 2 Compartimos los sentimientos que vivimos en relación a nuestra participación como laicos en la Iglesia. Espacios de participación. Aportes concretos.
- 3 ¿Qué podemos decir en relación a la participación concreta de la mujer en la Iglesia?
- 4 Posibles retos para nuestra Fraternidad.

**PARA NUESTRA ORACION**

⇒ A partir de la **Palabra de Dios:** Hechos 1, 3-8  
“Serán mis testigos”

- *Escuchamos la Palabra de Dios.*  
¿Qué les manda Jesús en este pasaje? ¿Qué les promete? ¿En qué lugares habrán de ser testigos del Resucitado?
- *Miramos nuestra vida*  
Nos miramos a nosotros mismos con toda sinceridad y tratamos de responder a estas preguntas:  
¿Qué importancia le damos a nuestra condición de testigos del Evangelio?  
¿Dónde buscamos la fuerzas para dar ese testimonio?
- *Oramos*  
Compartimos nuestros sentimientos de gratitud, alabanza, súplica...

Se puede terminar con la *Canción del testigo*

